

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 89

*Dossier: La Literatura de Resistencia a la
Violencia Urbana, Coordinan, María Rosa Lojo y
Marcela Crespo Buiturón*

Article 20

2019

La forma de los muros, poemas

Thomas Harris

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Harris, Thomas (April 2019) "La forma de los muros, poemas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 89, Article 20.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss89/20>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

La forma de los muros

Thomas Harris

La vida a veces toma la forma de los muros

Efraín Barquero

BAJO LA SOMBRA DE UN MURO ENCALADO

Bajo la sombra de un muro encalado,
entre las consignas eróticas, apenas nos
rozábamos los cuerpos. No sé si previo a todo
ya estábamos condenados. Había más cuerpos
entre nosotros, no sé si muchedumbres,
pero no estábamos solos. (Yo entonces recordé
que Genet quería que la representación teatral
de *Las sirvientas* fuera personificada por
adolescentes pero en un cartel que permanecería
clavado en algún vértice del escenario se le
advertiría al público la investidura y la ficción)
pero no estábamos en el teatro: yo quise tomarte
el cuerpo en la oscuridad; había más cuerpos
entre nosotros, no sé si muchedumbres; los cuerpos
tenían ojos los cuerpos no tenían ojos: jamás sabré
si había ventanas o si estábamos a la intemperie;
es una barraca como las de Treblinka dijo alguien,

pero yo escuchaba como en onda corta los sonidos de la ciudad. Nunca sabré si hubo una ventana, pero se filtraba sobre el muro blanco el fulgor verde de un aviso luminoso y en el delirio que acompaña al amor, en el delirio impune en que terminábamos todos, comenzamos a imaginarnos cosas: yo, en la penumbra, te abrazaba el cuerpo pensando que te abrazaba el cuerpo en la claridad: el letrado luminoso verde del Hotel King sobre el muro era el único sol.

FRENTE A UN ESCENARIO VACÍO

Estábamos en el teatro. No estábamos en el teatro. El teatro era la ciudad y la ciudad era el Mundo. Pero el mundo era una barraca como las de Treblinka. Esas sirvientas que nos traen la comida son adolescentes rubios disfrazados de carceleras dijo alguien, entre la muchedumbre, porque estábamos en el teatro; pero no estábamos en el teatro: estábamos en la ciudad y el letrado luminoso verde del hotel King era el único sol. Igual yo escuchaba los sonidos de la ciudad como en onda corta, en la lejanía, tras los muros blancos. La vida tomaba la forma de los muros y el letrado luminoso verde refractaba sobre la forma de los muros, como único sol. A veces, por las noches, desaparecían aquellas refracciones enrarecidas, porque llovía. Pero siempre llueve en Concepción. Entonces todos somos prisioneros lívidos, empapados, porque Chacabuco 70 está llena de goteras y todo el edificio se llena de agua, tanta agua. Pero no estábamos en Chacabuco 70. Nuestro Mundo es una barraca, como las de Treblinka dijo alguien entre la muchedumbre empapada; pero no estábamos en Treblinka. Estábamos en el teatro: en Chacabuco 70: un cartel que permanecería clavado en un vértice del escenario vacío se lo advertía al público.

EL LUGAR DE LA TRAGEDIA

Inscribíamos en los muros, como primitivos cristianos
mensajes de dolor, peces agónicos como éramos en la lluvia
que se filtraba por los techos agrietados de Chacabuco 70
como los desgarrones de cada desgarradura abierta en
cada cuerpo que deseaba y no podría saciar
esos deseos, porque el tiempo, porque la lluvia, porque los muros
porque la amenaza, pan ácimo
de cada día, líbranos señor de los subsuelos te rogamos
de los subsuelos de los hoteles clandestinos,
líbranos de por un día una noche o un instante
como el del orgasmo tan ansiado
líbranos de estos muchachos rubios rapados investidos
de carceleras que nos conducen como en Treblinka
no sabemos bien adónde, porque los murmullos de las
muchedumbres
no nos dejan dar con la verdad si hay verdad si hay
piedad, si existes, señor de los subsuelos de nuestras mentes
ya tan ateridas y los sueños, sobre todo los sueños
o no son sueños, son representaciones teatrales donde San Genet
es el Dios y las carceleras esos muchachos rubios rapados
investidos de *Las sirvientas* que sirven al poder indecoroso
de las luces, las tablas y la representación,
aunque nos lo hayan advertido 7 veces 7
que son sólo impostura y representación: porque estamos en Tebas
porque estamos en el teatro de la ciudad de la Tragedia y sus
márgenes
aunque la ciudad y sus márgenes y la lluvia
sea nuestra única realidad, sólo representación:
arte y más arte, pero un arte fétido,
el arte de estos años crucificados, el arte
de este tiempo de comediantes y mártires
bajo la lluvia inclemente que no cesa de empaparnos
esa cosa inexacta que algunos por acá, en la barraca, susurran
dicen, alma.

TODOS LOS MUROS ERAN ENCALADOS EN NUESTRAS CIUDADES FANTASMAS

Era Tebas el lugar de la tragedia y no estábamos en Tebas. Era Treblinka el lugar de la comedia y no estábamos en Treblinka. Bajo la sombra de un muro encalado y su tapiz de orín, de barro, de consignas eróticas. (Yo entonces recordé que Genet quería que la representación teatral de Las sirvientas fuera personificada por adolescentes pero en un cartel que permanecería clavado en algún vértice del escenario se le advertiría al público la investidura y la ficción) No estábamos en el teatro: había charcos de aguas muertas una esquina intransitable. Los cuerpos estaban muertos los cuerpos no estaban muertos. El aviso luminoso verde del Hotel King era el sol. Estábamos en nuestra propia ciudad no estábamos en nuestro propio ciudad. Las ciudades eran ciudades fantasmas. Los muros encalados signos del silencio. Por las noches comenzamos a imaginarnos cosas: los miserables mecanismos del sueño se oponen al horror; un cartel que permanecería clavado en algún vértice del escenario se lo advertía al público.

TU OJO, LOS MUROS

Sólo el arte que conmueve nos era permitido.

En el muro blanqueado a la cal nos pusieron un recorte de revista vieja, una reproducción resquebrajada de los aquelarres de Goya, quizá como una manera de invocar nuestra razón. En el muro blanqueado a la cal los sacrificios de niños pintados por Goya, como una diapositiva de horror. Yo mismo, al comienzo, me tapé los ojos hasta que me fui acostumbrando a la oscuridad.

Tiempo después se lo llevaron y fue entonces cuando vi en tu pupila oscura y plena en el ojo huero de la bruja y mi risa en la máscara y en la carcajada de un íncubo y vi a mi hijo en los pellejos pegados al hueso del niño ofrecido en

sacrificio.

Al tiempo se lo llevaron y en su lugar sólo quedó el trozo de muro más limpio que el resto. Pero yo la seguí viendo, la misma plasta de sangre oscura, y yo no te dije nada porque sabía que tú también lo veías. Podíamos llegar a pensar que mientras dormíamos se introdujeron en silencio para volver a ponerlo y así hacernos creer en la realidad el espejismo.

Una voz en off dijo el horror está en el ojo,
Una voz en off dijo el horror está en la imagen.

LOS CUERPOS SOBRE EL MURO

Sobre el muro encalado, proyectaban por la noche un cuerpo hecho a trazos, a rayas, configuraciones desmembradas de pintura o carbón.

Una voz en off que provenía de la proyectora repetía átona la palabra cuerpo, la palabra desmembramiento, la palabra aullido: la imagen, intermitente, era ya un close-up del gesto desdentado del rictus, ya de los trazos crispados del torso, ya de la pintura o carbón dolorido del vientre. La voz en off no cesaba su letanía de palabras: la palabra miedo, la palabra espasmo, la palabra imposibilidad.

Nosotros, que habíamos tenido acceso a la cultura, sabíamos que proyectaban sobre la pared los aquelarres de Goya y al reconocimiento siguió el miedo y el presagio. Pero todos mirábamos en silencio y a la palabra cuerpo nos palpábamos el cuerpo, a la palabra aullido, enmudecíamos de horror y a la palabra imposibilidad nos reconocíamos en esos cuerpos desmembrados por la imaginación.

Una voz en off decía la verdad está en la imagen.
Una voz en off decía la verdad está en el ojo.

Duró poco más de una semana, por las noches: a la palabra cuerpo nos tocábamos los cuerpos, a la palabra desmembramiento nos buscábamos los unos a los otros con

desesperación; a la palabra imposibilidad, nos reconocíamos en los cuerpos desmembrados por la imaginación.

TEATRO DE SOMBRAS

Pero estábamos en el Hotel King: proyectadas
sombas chinas marionetas actores agónicos sobre
sobre la ilusión derruida de este mundo
proyectado sobre los pálidos muros del Hotel King.
Las imágenes habían abierto una escalera oscura,
colgante sobre un tiempo impregnado de humedad ventral
y presagios. Nos abrieron una escalera al frente
para que ahora, anhelantes, ascendiéramos por ahí.
Tu cuerpo era un fulgor tenue en la densidad de la
escalera y yo te seguí porque tú parecías abrir
la espesura de lo oscuro con su ensoñada complexión.
Las puertas se abrían las puertas se cerraban.
Los pasillos subían hasta en entretecho multiplicándose por las
cabeceras de los catres. Había más cuerpos entre nosotros
no sé si muchedumbres, pero no estábamos solos.
Los cuerpos en los catres no estaban muertos.
Los cuerpos en los catres no estaban vivos.
Jamás sabré si hubo una ventana, pero se filtraba
sobre los muros pálidos el fulgor verde de un letrero
luminoso. Y en el delirio que acompaña al amor,
en el delirio impune en que terminábamos todos
comenzamos a imaginarnos cosas.

LOS RETRATOS DEL HORROR SOBRE LOS MUROS DEL HOTEL KING I.

El silencio fue la arquitectura del Hotel King.
Los goznes, gargantas, placer, un gesto torvo
de agonía suprema. El agua escabulléndose por los
desagües, encarnaciones líquidas de nuestros cuerpos.
La luz de las ampolletas se diluía en el aire
cargado de noche exterior. Yo pensé en huir por
la escalera que parecía dar al entretecho, tal vez,
allí, se abriría, límpido el cielo: fue cuando
se abrió la puerta de la pieza número 6, de un golpe:
el catre de bronce y el velador vacío adosado al

muro pálido junto al retrato en blanco y negro del victimario y su víctima: sobre el piso, el polvo, la leche de la muerte coagulada los papeles confort sangrantes aventados muertos también sobre las tablas el polvo las secreciones el semen. Fue cuando se abrió la puerta de la pieza número 6, de un golpe, como un desfase, y se crispó una cortina y se entornó una ventana, como una mueca anonadada, de oligofrénico: fue cuando se abrió la puerta de la pieza número 6.

LOS RETRATOS DEL HORROR SOBRE LOS MUROS DEL HOTEL KING II.

El Hotel King. Está muy oscuro.
 Ya no se ve tu cuerpo. Los muros están resquebrajados.
 La humedad del cielo raso desciende
 hacia nuestros cuerpos espantados. Está
 oscuro, tan oscuro. Entre las figuras de los muros encalados
 asoma la tierra, ancestral, húmeda, aun oliendo a humus.
 Fuera del Hotel King, en la Plaza Isabel la Católica,
 vimos herrumbres de viejas locomotoras, trenes fantasmas,
 y la humedad de siempre, la lluvia constante, el agua inundándolo
 todo,
 la estéril cortina de lluvia de siempre en Concepción.
 Entre el aguacero, ni sabemos bien desde dónde,
 un aullido y otro aullido no interrumpen la lluvia,
 la muerte por agua, la pueblan, como las estrellas a la noche
 cuando por fin escampa.
 Los trenes muertos se han sedimentado con los muros del Hotel King.
 Nosotros, entonces, por puro miedo y la calentura que da el miedo
 nos apiñábamos como primates,
 virando la persistente lluvia en el húmedo himeneo de la tribu.
 La luna, cuando aparece, es el ojo del cíclope o de un tren fantasma
 en las ruinas de la memoria,
 como una jeringa de ácido venas adentro,
 cuerpo abajo hacia la mente dañada: ahí, emergen en la cabeza rota
 de una puta de 12, jeringas usadas, conchos de ácido,
 restos resecaos de neoprén. Está muy oscura esta noche.
 Y en la noche, entre las sombras, un grito y otro grito,
 no interrumpen el silencio, lo confirman, lo pueblan,
 como nuestros cuerpos a la muerte.

LOS RETRATOS DEL HORROR SOBRE LOS MUROS DEL HOTEL KING III.

Dejamos, dijo el phantasma, el Hotel King
a la hora del Lobo.

Fuera, en las calles de la ciudad,
todo ardía en un crepúsculo turbador e
interminable.

Todos los letreros de neón de la ciudad se crispaban,
chisporroteaban, en un rojo
no sé si de sangre o de deseos,
de deseos de rojo, de que todo se tornara,
por fin rojo, como la peste,
como en la Máscara de la muerte roja de Edgar Allan Poe:
todo el rojo ya no sé si de banderas o de vino,
porque todo se derretía en guirnaldas de cobalto.

Dejamos, dijo el phantasma, el Hotel King a las 2 P. M.,
la hora del lobo.

El agua estaba inmóvil en los charcos
y los charcos espejeaban un cielo amplio y estrellado.

Dejamos, dijo el phantasma, el Hotel King a la Hora del Lobo.

Pero como todo transcurría en un teatro, en el lugar de la tragedia,
en Tebas o en Teblinka, estábamos prote-
gidos por la ficción,

y sólo a lo lejos, lejos, se escuchaban las crepitaciones
de este incendio que nos quemó el pan a las puertas del horno,
crujiendo por todas las calles de la ciudad,
abrazando cementerios y bosques, cuerpos y callampas, pero como
todo transcurría en el Hotel King, dijo el phantasma,
las llamas no nos podían abrazar .

EPIGRAMA DE ESTA MUERTE

Entonces, los prisioneros
cantando vamos al baile vamos al baile de los que sobran
y *Las sirvientas* de Genet coreaban vamos al baile de los que sobran
entonces íbamos caminando en fila y cantando hacia un túnel
que olía a ceniza a cenizas
sobrábamos parece, somos las sobras
parece
de este tiempo,
pero cantamos, de más, cantamos y bailamos
rumbo a un túnel
huele a ceniza,
huele a cenizas

BALDÍO

Son siempre cargados de imágenes reiteradas
los crepúsculos en los baldíos. Sin forma humana
en pura tierra modelados, en pura lluvia desmoronados,
extendidos en puro barro y en desechos vegetales
desprendiéndose de las laderas donde no baña esta
porción de mundo el sol, donde refracta la pura
agonía del sol, la pura fala de forma humana
en los lugares señalados.

La Historia termina en los baldíos. Nuestras pupilas
ensanchaban la agrimensura del espacio y la boca
balbucía un deseo entrecortado, a lo más la mente
imaginaba un cuerpo imposible en la disociación
roja del sol y la tierra.

Son siempre cargados de imágenes repetidas
los crepúsculos sobre los baldíos. Nuestros cuerpos
se densificaban con la sombra advenida, se hacían
vegetal con los vegetales podridos, se mineralizaban
en el instante vacío de la noche, adherían a la
dispersión del humus en guedejas blancas hacia el
agujero de la noche; o aguardaban, como si de los
zócalos de la noche se derramaría esa agua final
de la que no hablaban las imágenes, esa agua final de los
mitos y de los sueños que restañaba con la limpidez
de una nueva forma humana los lamparones morados
de nuestros cuerpos.